

Sin compromisos

Retrato de una generación
de relaciones imposibles

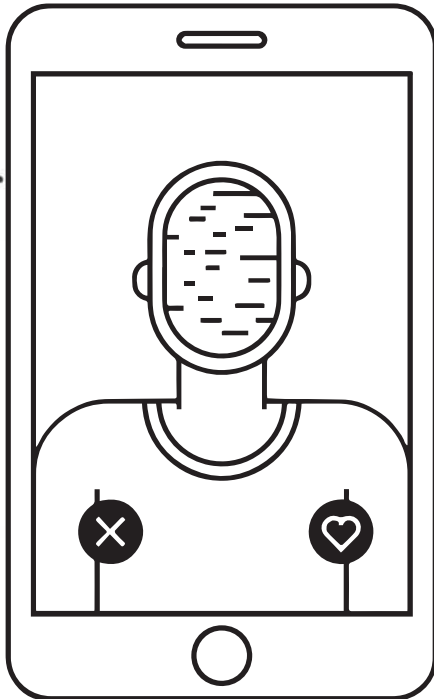
Michael Nast



Michael Nast

Sin compromisos

**Retrato de una generación
de relaciones imposibles**



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Generation Beziehungsunfähig*

Primera edición: octubre de 2016

© Edel Germany GmbH, 2016

© de la traducción, Aina Girbau Canet, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de maqueta: Judit G. Barcina www.sacajugo.com

ISBN: 978-84-08-15199-9

Depósito legal: B. 17.872 - 2016

Fotocomposición: gama, sl.

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

De qué hablamos cuando hablamos de amor

De vez en cuando hay momentos en los que me pongo a pensar en las relaciones que he tenido y me pregunto si llegué a querer a mis exnovias. O sea, querer de verdad. Si llegué a tener sentimientos hacia ellas, tal y como cabía esperar. Un sentimiento como el que realmente tendría que haber experimentado. El lunes pasado tuve uno de estos momentos.

El escritor suizo Max Frisch formuló en su diario veinticinco preguntas que hoy en día se conocen en el mundo entero. Dos de esas preguntas dicen lo siguiente: «¿Ama a alguien? En caso afirmativo, ¿cómo llega a esa conclusión?». Exacto, muy buena pregunta. A continuación vendría la de «¿de qué hablamos cuando hablamos de amor?». Una pregunta que todo el mundo debería formularse.

Un ejemplo es Christian, el novio de Jasmin. Hace unos días quedé con ella y nada más saludarnos ya la vi muy afligida.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Bueno, no, no del todo —respondió—. Acabo de tener una discrepancia con mi novio.

—¿Eh? —dije, y luego me di cuenta de que el concepto *discrepancia* era más bien un eufemismo de su conflicto, una expresión más suave que

Jasmin utilizaba, sobre todo, para tranquilizarse. El asunto aún se debía confirmar. Su conflicto giraba en torno a la infidelidad.

—Según él, la infidelidad es algo que puede pasar, es algo que viene con la naturaleza del hombre —me explicó—. El sexo no tiene nada que ver con el amor. Todo el mundo lo hace.

—Ay —respondí yo, notando como la situación se ponía cada vez más complicada.

—Dice que en su última relación le pusieron los cuernos, así que él ahora también puede ponérmelos a mí —continuó—. Pero yo creo que esto tendríamos que hablarlo antes en vez de presentar los hechos consumados, si es que ya ha pasado, claro.

—Vaaale —dije yo, alargando la palabra—. ¿Y cómo ha terminado la discusión?

—Él ha dicho: tú tienes tu opinión y yo la mía, hagámoslo lo mejor que podamos con lo que tenemos —dijo ella llorando.

Le lancé una mirada de desconcierto. Hacía un mes, cuando Jasmin quiso cortar con Christian, él luchó por ella. Le proclamó su amor, le dejó, como mínimo, treinta mensajes al día en el buzón de voz, prácticamente estuvo mendigando. Decía que ella era el amor de su vida. Un sentimiento que un mes después se reducía a la frase «tú tienes tu opinión y yo la mía, hagámoslo lo mejor que podamos con lo que tenemos».

No era amor lo que sentía Christian cuando luchaba por Jasmin, y esto también se lo dije a ella. Su «amor» no era otra cosa que una borrachera de ego. El amor que él sentía nunca tuvo que ver con ella, sino únicamente con él mismo. **Él no podía prescindir de los sentimientos de Jasmin, los necesitaba para autoafirmarse. El asunto no tenía nada que ver con ella.**

Christian es un ejemplo drástico, un prototipo de la evidente falta de empatía. Pero de entrada, su caso se podría parecer al de la mayoría de personas que se aman a sí mismas. Personas que cuidan un amor narcisista. «Realmente el amor se basa en halagarse a uno mismo para lograr una profunda sensación de satisfacción». Esta frase también aparecía en un horóscopo de treinta páginas que, aunque yo, dada mi falta de interés por estas cuestiones, nunca hubiera querido, me trajo una compañera que tiene un programa especial de astrología. Pensé que, según los astros, Christian era igual que yo, lo cual me revolvía el estómago considerablemente.

—Visto así, tú eres como la mayoría —dijo Till riéndose cuando le expliqué estos alarmantes puntos en común unos días más tarde en la discoteca Goldfisch. Till había estudiado ADE y Filosofía, una original combinación que le permitía tener una reveladora visión de las cosas.

»Está claro que esto está condicionado por la sociedad —dijo—. Somos consumidores en una sociedad de consumo. Vivimos en una sociedad que tiene como fin cubrir necesidades. No necesitamos un teléfono, necesitamos el último iPhone. La compra de productos nos aporta un breve momento de satisfacción, de felicidad, por así decirlo. Pero este sentimiento no es duradero y, por ese motivo, tenemos que comprar más y más. **Tenemos que estar permanentemente insatisfechos con nosotros mismos para que el sistema funcione.** Desgraciadamente esto también lo aplicamos en el terreno personal.

—¿En el terreno personal? —pregunté—. ¿De qué manera?

—En la sensación de no poder hacerse feliz a uno mismo, y creer que las otras cosas, o las otras personas, son responsables de los sentimientos propios, ya se trate del último iPhone o de alguien que tiene sentimientos hacia ti. Todo esto halaga nuestra vanidad, pero nada más. Hemos olvidado querernos a nosotros mismos. Confundimos el amor propio con el narcisismo.

Pensé en Erich Fromm, según el cual ser capaz de querer a uno mismo es la condición para poder amar a otra persona. «Ya, claro —pensé—, pero ¿quién se quiere a sí mismo? ¿Quién se aclara al cien por cien con sus cualidades y sobre todo con sus defectos? Yo no conozco a nadie que lo haga. Vivimos en una sociedad narcisista, y el narcisismo es una señal de inseguridad, una imagen exagerada de uno mismo en la que mezclamos todas nuestras inseguridades. Una representación de uno mismo que depende constantemente de la aprobación de nuestras cualidades. El amor narcisista es la necesidad de ver en el espejo el reflejo de una persona que te halague. No anhelamos ver la imagen de nuestros defectos, anhelamos la aprobación. Proyectamos una imagen hacia los otros y finalmente nos enamoramos de una ilusión que nos encaja a la perfección, pero que no tiene nada que ver con nosotros. Queremos enamorarnos de la imagen que tenemos de nosotros mismos, de cómo nos gustaría vernos.»

—El enamoramiento narcisista no es nada más que un intento desesperado de quererse —dijo Till.

Visto desde esa perspectiva resulta revelador analizar por qué nos enamoramos a pesar de todo. Hasta qué punto nuestros sentimientos tienen que ver con otras personas. Nos enamoramos de la intersección de los conjuntos, de las cosas que podemos tener en común con la vida de la otra persona, y, por eso, en las citas se buscan tan desesperadamente las afinidades. Por eso las citas se parecen tanto. No nos enamoramos de una persona, nos enamoramos de la parte de una persona que se parece a nosotros. De la parte que parece ser un fiel retrato de nuestros enfoques, nuestra actitud y nuestros deseos.

—Por lo general, el amor se basa en una ilusión —dijo Till—. El amor es el anhelo de la identidad absoluta. Y la identidad absoluta no existe. En este sentido el amor nace básicamente de un gran malentendido. ¿Conoces la frase de Goethe «Nos hemos equivocado el uno con el otro, ha sido bonito»? Puede que en esta frase tan hermosa y trágica se halle una de las mayores verdades de nuestro tiempo. Nos enamoramos de una ilusión,

de un espejismo, de algo falso que nos da fuerza y apoyo. Para nosotros, la ilusión es más real que la realidad misma.

Till hizo una pausa mientras lanzaba una mirada perdida a su copa. Luego alzó la mirada y concluyó:

—Por eso solo lo falso acaba siendo real. El resto es simplemente un miserable intento que nos condena a fracasar.

«Vaya —pensé yo—. A lo mejor reflexionar demasiado sobre las cosas es un error.» Miré a Till, que en esos momentos daba un trago a su bebida, y sentí que estaba teniendo uno de esos instantes en los que miraba atrás, hacia mis relaciones, y me preguntaba si había amado alguna vez.

«Solo tengo talento para las cosas que me interesan.» Esto lo proclamó una vez Karl Lagerfeld, y es una frase muy cierta. Uno de los titulares de mi vida, por así decirlo. Evidentemente, Lagerfeld se refería a su trabajo, pero sería realmente interesante aplicar esta frase a lo personal, a las mujeres con las que un hombre ha estado. Después de hablar con Till ya no estaba tan seguro de si realmente había sido bueno para mis exnovias. Puede que, retrospectivamente, estuviera demasiado ocupado conmigo mismo como para poder serlo. O formulado aún más drásticamente: a lo mejor no me interesaban lo suficiente como para comprometerme de verdad con ellas.

Como todos nosotros, yo también he crecido con la idea de que tenía que ser alguien especial, alguien único, diferente a los demás. Es una percepción que cada vez nos hace más difícil comprometernos con otra persona. En mi opinión, superar estos problemas es justo la tarea del amor. Cuando nos enamoramos, o sea, cuando nos enamoramos de verdad, dejamos atrás las estructuras, las convenciones sociales. El amor verdadero nos da la posibilidad de volver a ser personas, y no un producto degenerado de esta sociedad. **El amor es la posibilidad de romper, de abandonar las estructuras, de cambiar las perspectivas.** Es nuestra oportunidad, la solución para dejar atrás el egoísmo que nos exige la sociedad.

El escritor Jonathan Franzen respondió a la pregunta de Max Frisch «¿Ama a alguien? En caso afirmativo, ¿cómo llega a esta conclusión?» diciendo: «Me lo dice el corazón y mi bajo nivel de egoísmo es una prueba fiable de ello». Mejor no se puede formular.

Aunque mi última relación fracasara, encontré en ella muchas cosas de mí. Mi novia era el espejo que me permitía identificar las cosas de las que no me hacía responsable. A través de ella me cambió la perspectiva. Digamos que me volví a descubrir con una mirada nueva. Veía nuevas cualidades y veía mis defectos. Comprendí la relación que había entre estas percepciones.

Creo que el amor hacia alguien provoca un impulso muy profundo por querer ser una mejor persona. Para los otros y para uno mismo. Y esto sí que me lo han provocado mis exnovias. Me han provocado el deseo de superar el egoísmo, de ser una mejor persona.

Y esta es la maravillosa oportunidad que nos brinda el amor. Querer ser una mejor persona.

Aprovechémoslo.

Seamos amigos

Entre hombres y mujeres hay frases que son terribles, aunque a primera vista no parezcan tan graves. Mi buen amigo Markus ha tenido que enfrentarse a una de estas frases grises. La frase: «Seamos amigos».

Hace unos meses que veo a Markus más frecuentemente porque necesita a alguien con quien poder hablar y analizar las cosas que le están pasando. Resulta que Markus está enamorado. Enamorado sin que le correspondan.

Desde el verano queda con Josefina. A él le gusta mucho, pero a la vez nota cómo ella retrocede cuando él se le acerca. No consigue estar con ella en serio. Ella le evita y tiene muchos motivos contundentes para hacerlo.

Siempre que quedo con él me explica una causa diferente por la que Josefina, en estos momentos, no puede permitirse tener sentimientos. Al principio era porque su última relación aún estaba muy presente, después resultaba que le resultaba difícil, en general, confiar en los hombres, y que no podía comprometerse con nadie. «Pero si algún día puedo —le escribió— quiero estar contigo. Eres mi primera opción.»

«¿Su primera opción?», pensé. La pregunta es: ¿para qué?

Conozco sus mensajes de memoria. Markus me los enseña cada vez que quedamos, quiere que los interprete y los analice. Quiere que le dé esperanzas.

He leído frases del estilo: «En realidad debería estar muy contenta de que alguien como tú quiera estar conmigo. Vales un imperio, pero hay algo que me impide dar el último paso». A mí me costaba ver demasiada esperanza en esas frases. Estaba claro que la mujer le daba largas, que jugaba con él. Incluso puede que ni se lo tomara en serio. Le gustaba Markus, pero nada más. Y no debemos olvidar que ser deseado es una sensación halagadora. Incluso (o precisamente) cuando se nota que es un deseo desesperado. **Ella lo disfrutaba y Markus lo sufría.** Digamos que ella disfrutaba con su sufrimiento, aunque espero que fuera sin darse cuenta. Al fin y al cabo no quiero atribuirle maldad a nadie.

El lunes quedé con Markus para tomar un café por el centro. Llegué diez minutos antes, y él ya estaba allí, esperándome en una mesa al lado de la ventana. Me enseñó el móvil incluso antes de que me sentara. Leí una frase horrible y aparentemente inofensiva, pero muy contundente: «Eres una persona maravillosa —leí—. No te merezco. ¿Por qué no seguimos siendo amigos?».

«¿Seguimos?» , pensé molesto. Básicamente, el verbo *seguir* solo se utilizaría en ese contexto si por lo menos hubiera existido una amistad. Desde que se conocieron, y mis quedadas con Markus empezaron a ser cada vez más frecuentes y él empezara a estar más desesperado, yo ya tenía mis dudas.

—¿Tú qué opinas? —me preguntó Markus.

—Bueno —respondí, y me senté. Luego le hice una señal a la camarera y pedí un café con leche—. Amigos —dije—. ¿Tú quieres eso?

—Claro que sí —contestó Markus, demasiado rápido—. Ella es genial como persona. No la quiero perder.

Tuve uno de esos escalofríos que suelo sentir cuando de repente tengo mucho frío o cuando pienso en algo realmente incómodo o desagrada-

ble. Esta vez era por Markus. Sonaba como los mensajes de Josefina. Estaba claro que ella le había calado hondo.

Cuando me sirvieron el café con leche me acordé de las situaciones en las que he dicho esa frase a una mujer: «**Sigamos siendo amigos**».

Si digo esa frase no quiero decir eso realmente. Es simplemente una manera de decirle a esa persona que no me interesa. Visto así, es un insulto. Todos los cumplidos que se añaden a esa frase no son más que fórmulas de cortesía para no herir mucho al otro. Son un bonito envoltorio. De algún modo, esta persona te cae bien y no quieres hierirla. Pero tampoco sientes la necesidad de tenerla cerca todo el tiempo.

Independientemente de la situación de Markus, la pregunta sería: ¿es posible? **¿Los hombres y las mujeres pueden ser amigos?**

David, un conocido mío, sostiene que la amistad entre hombres y mujeres no existe. «A no ser —y en ese momento hace una pausa dramática— que la mujer sea un cardo».

Está claro que esto es una exageración, pero en el fondo no le falta razón. Existe la amistad entre hombres y mujeres. Es una cuestión de atracción sexual. La amistad entre hombres y mujeres es posible cuando se suprime la sexualidad, cuando ninguno de los dos tiene esperanzas de mantener una relación amorosa.

Cuando pienso en las mujeres a las que considero amigas, no se me ocurre ninguna con la que me acostaría. Tengo una amiga con la que me entiendo muy bien. Tenemos el mismo humor, no me río tan a gusto con casi nadie. Vive en Colonia y nos vemos muy de vez en cuando, pero en cuanto podemos nos encontramos y es como si no hubiera pasado el tiempo. Sin embargo, si me imagino acostándome con ella, se me revuelve el estómago. Es una colega. Desgraciadamente, una vez cometí el error de decírselo. Está claro que la herí, aunque no tenía ninguna intención de hacerlo. Todavía me lo recuerda.

Puede que la amistad con una exnovia sea posible. La conoces muy bien, pero se ha constatado que como pareja no pueden funcionar. Teniendo en cuenta esto, se puede construir una relación platónica.

Un conocido me contó que después de una temporada había quedado con su primer gran amor, con la esperanza de tener mucho que contarse. Albergaba la esperanza de, por lo menos, poder recorrer durante la velada el pasado que habían tenido juntos. Pero a lo largo del encuentro pudo constatar que, con el fin de la relación, también se habían terminado los temas de conversación. Ya no tenían nada en común. Ya no había nada más que hablar.

Cuando ahora lo pienso, caigo en que he perdido el contacto con todas mis exnovias.

Conozco a un tío que ha podido mantener una relación de amistad solo con una exnovia. Me explicó el porqué: sexualmente hablando, no le parece interesante.

«Discutíamos prácticamente un día sí, un día no —me dijo—. Después de dos años solo nos unían los problemas. Ya no podía acostarme con ella. Ya no tenía más erecciones.»

Él era asexual con respecto a ella. La concebía más como una hermana pequeña. Por eso funcionaba su amistad. La mayoría de sus amigos creen que tienen una relación clandestina, pero él solo se ríe cuando se habla del tema. No hay nada más. Sin embargo, las suposiciones de sus amigos muestran lo que realmente suele suceder.

En realidad, los hombres no están hechos para ser monógamos. Están de caza. Esto tiene motivos biológicos relacionados con la evolución. Los hombres quieren reproducirse. Es un instinto. Cuando un hombre, por decir algo, se acuesta con treinta mujeres en un año, supuestamente genera más descendientes que otro que solo mantenga relaciones sexuales con una mujer. No obstante, una mujer que en el mismo tiempo se haya

acostado con treinta hombres no tiene por qué dar a luz a más bebés que una mujer con solo una pareja sexual.

El concepto de la monogamia está condicionado por la religión. Nos presiona los instintos con un corsé. Si un hombre engaña a su mujer, seguramente ella se separará de él. Nos tenemos que contener, tenemos que buscar otros caminos para seguir nuestros instintos sin herir a nuestra pareja.

Esto pasa sobre todo en la cabeza. Cuando los hombres miran a mujeres atractivas o cuando se masturban. Conozco a un hombre que se acuesta con su novia muy de vez en cuando. Ella se va a menudo de viaje por el trabajo. Cuando ella no está, él se masturba hasta cinco veces al día. **Es un esclavo de sus instintos.** La cabra siempre tira al monte. Por alguna razón las webs porno son las páginas más visitadas en internet.

Sin poder aclarar estos pensamientos sobre la amistad entre hombres y mujeres, volví a la conversación con Markus. Me bebí el café con leche de un trago y, mirándole esa carita desesperada, me acordé de Ted Mosby.

Ted Mosby es el protagonista de la exitosa serie «Cómo conocí a vuestra madre». La serie explica su historia y, no sé por qué, de repente tuve la sensación de que la experiencia de Ted anticipaba la historia de Markus.

En el primer capítulo de la primera temporada, Ted se enamora de Robin Scherbatsky, una mujer más atractiva de lo que podría parecer con ese nombre. Empiezan a salir y rápidamente Robin pasa a formar parte del grupo de amigos de Ted. Luego lo dejan y lo siguen intentando una vez y otra, hasta que ella empieza a salir con uno de sus mejores amigos. Ted aún está enamorado de ella y todas las mujeres que conoce parecen ser solo sucedáneos. La serie tiene nueve temporadas, 196 capítulos. Robin termina formando parte del grupo de amigos. En la última tempora-

da se casa con el amigo de Ted y él se retira del panorama porque aún siente algo por ella.

Ted narra la historia, él es el protagonista. Siempre me he preguntado por qué nunca me he podido tomar en serio el personaje. Y luego me he dado cuenta de que se debe a que es un perdedor. Nos cae simpático, en cierto modo, porque nos sentimos identificados con él, al recordar aquella vez que nos enamoramos sin ser correspondidos. Nos gusta porque sentimos compasión por él.

«Oh, Ted», pensé.

Oh, Ted.

Pedí dos cervezas grandes, aunque apenas eran las tres de la tarde, y miré la luminosa pantalla del móvil de Markus, que tenía ante las narices.

—¿Habláis por teléfono? —pregunté—. ¿O solo os escribís mensajes?

—Bueno... —dijo Markus.

Con eso ya bastaba. Puede que en ese momento Markus viera claro lo que estaba pasando.

Nos trajeron las cervezas y brindamos. Luego empecé a contarle la historia de Ted. Pero la expliqué como si le hubiera pasado a un conocido. No quería darle a Markus un argumento que se habían inventado los guionistas de una serie que no tenía nada que ver con la realidad.

Mientras hablaba, Markus estaba cada vez más desesperado. Finalmente le quité todas las esperanzas, comportándome como un amigo de verdad, a diferencia de Josefine.

A fin de cuentas debe decidir por sí mismo. Igual que Ted, tiene que llegar él solo a la conclusión de que le irá mejor sin ella. Lógicamente, Ted

tiene la suerte de formar parte de una serie norteamericana, y en el último capítulo recuperará la esperanza de tener futuro con Robin. En la vida real esto no va así.

Markus tiene que pasar por esto solo. Por desgracia.

«Oh, Markus», pensé con melancolía, mientras hablaba.

Oh, Markus.